

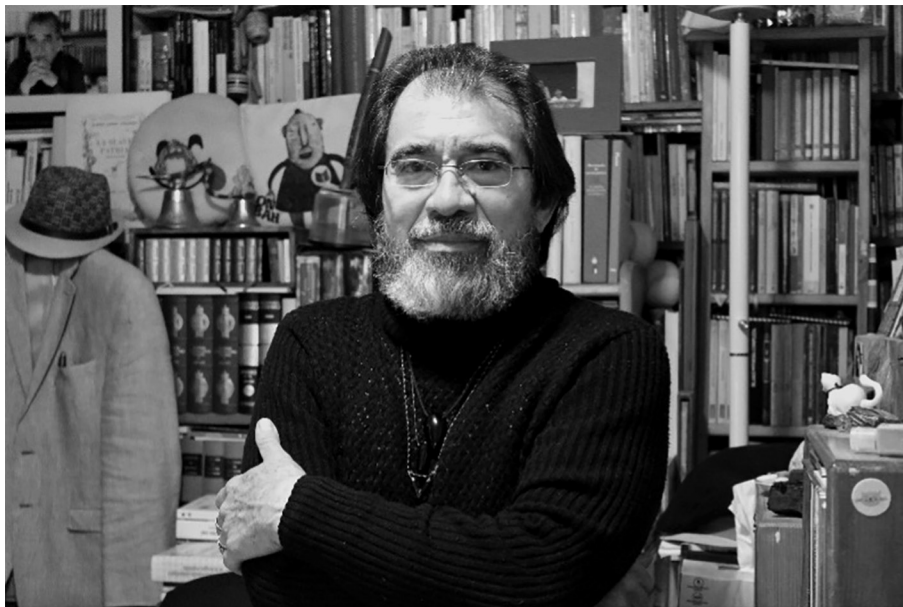
La lectura: de la inmunidad de rebaño al contagio de rebaño

Biblioteca Universitaria, vol. 25,
núm. 2, julio-diciembre, 2022.
DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2022.2.1477>

Reading: fom herd immunity to herd contagion

JUAN DOMINGO ARGÜELLES*

* Poeta, ensayista, editor, divulgador y promotor de la lectura. Nacido en México, en 1958, estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Correo electrónico: juanlector@prodigy.net.mx



El título original del ensayo “La promoción de la lectura en tiempos de pandemia” (The promotion of Reading in times of pandemic) se cambió para su publicación en esta revista.¹ El manuscrito fue escrito durante el confinamiento, conservando el valor intrínseco de una época que pasará a la historia en muchos sentidos y que, por mucho tiempo, estará latente en nuestras vidas. La pesadilla aún no termina, pues el Covid-19 ha reaparecido en nuestro país y en varias partes del mundo.

El siguiente es un lugar común, pero necesitamos partir de él: al igual que otras actividades colectivas, la promoción de la lectura tuvo un antes, está viviendo un paréntesis pandémico producto del COVID-19 y tendrá un después, bastante imprevisible, cuando termine el enclaustramiento global.

El *antes* corresponde, sin duda, a una época de oro hasta los primeros dos meses de 2020, que duró al menos tres décadas: la promoción de la lectura y el fomento de los libros pasó a ser, hacia 1990, una política cultural de Estado que propició el encuentro, el examen y el debate sobre la importancia ya no sólo de la lectura instrumental (la que hacemos todos los días en los centros escolares),

1 Con autorización del autor

ENSAYO

sino también sobre la trascendencia intelectual y espiritual de la lectura autónoma (esa que hacemos sin que nadie nos fuerce a realizarla).

El *paréntesis* que estamos viviendo, a nivel global, que se inició en marzo de 2020, nos enfrentó primero a una parálisis sorpresiva y luego a un pronóstico optimista: la pandemia no duraría mucho, dijimos y creímos. Meses después, ante las evidencias de que esta realidad se extendería por largo tiempo, surgieron las alternativas digitales que, con creatividad, reanudaron las acciones de la promoción del libro en un escenario distinto: ya no en la presencialidad, sino en la virtualidad, aprovechando las herramientas que nos provee internet para algo más que simplemente tuitear.

Surgieron miles de iniciativas, unas mejores que otras, pero todas ellas a partir de un hecho que transformó la cotidianeidad: era inviable reunirnos, juntarnos físicamente, para hablar de los libros leídos y compartir las experiencias de la lectura, analizarlas y debatirlas; pero, en cambio, era posible la reunión virtual y también la puesta en marcha, a gran escala, del verbo mensajear. Bastaba con que varios lectores tuviesen, cada uno, un dispositivo digital para entablar el diálogo que hoy continúa a través de estos mismos medios en formatos varios, pero especialmente en círculos de lectura a distancia.

El *después*, imprevisible, de la promoción de la lectura, cuando haya terminado el confinamiento al que nos ha obligado la pandemia, se puede imaginar, desde hoy, muy distinto a lo que llamábamos “normalidad” hasta los primeros meses de 2020. Algo o mucho de lo alternativo, que surgió con la crisis sanitaria global, tal vez se quede por mucho tiempo como recurso indispensable, pero también es verdad que ya un amplio sector de la gente hiperconectada ha comenzado a fastidiarse con lo virtual, y su fastidio tiene como ambición esa esperanza de que, un día, relativamente cercano, este encierro se termine y pueda salir, literalmente, de los monitores, para volver no sólo a conversar (sin cubrebocas, mascarillas o barbijos), sino también a alborozarse y gritar, a reír con ganas en el retorno de los besos, los abrazos y las manifestaciones más entrañables del amor y la amistad.

La ciencia médica nos alerta en el sentido de que esta “normalidad” o “nueva normalidad” con la que soñamos no se vislumbra en un futuro inmediato y ni siquiera cercano, pues nos advierte que eso sucederá cuando al menos el 70% de las personas en el mundo esté inmunizada frente al Coronavirus 2 del síndrome respiratorio agudo severo (SARS-CoV-2) que produce la enfermedad del COVID-19. Esto que los científicos llaman “inmunidad de rebaño” es un escenario que aún nadie se atreve a predecir en el corto plazo y menos con el surgimiento de las variantes del virus que han mostrado ser más severas que el virus original que surgió en diciembre de 2019 en China, en la ciudad de Wuhan. No deja de ser irónico que el trabajo de la promoción de la lectura guarde un paralelismo con la enfermedad que obligó a quienes se dedican a él a modificar la manera de llevarlo a cabo. Durante mucho tiempo hemos comparado el gusto y amor por la lectura, la afición de leer y, a veces, hasta el hábito, mediante una licencia poética que es la de “inocular el virus de la lectura”, porque aquel o aquella que contraen este virus benigno, difícilmente renunciarán un día a su condición de lectores. Quienes promovemos la lectura y fomentamos el gusto por los libros no buscamos la “inmunidad de rebaño”, sino, por el contrario, el más amplio contagio de rebaño de “ese vicio impune” (como lo llamara Valery Larbaud) que tan felices nos hace.

Hoy, en un escenario tan crítico como el que vivimos, cabe preguntarnos por qué deseamos contagiar en los demás el virus de la lectura, y la respuesta es sencilla, pero no simplista. Deseamos que los demás sean lectores irredentos, porque en ello nos va la vida: queremos salvar a la especie lectora, a la cual pertenecemos, que desde hace varias décadas está amenazada de extinción. Y, sin embargo, hemos podido comprobar que la extinción de la especie lectora no la ocasionará internet ni toda la tecnología digital, sino al contrario: que internet y las demás herramientas digitales pueden sumarse a la salvación de la especie lectora si utilizamos estos recursos con inteligencia, creatividad y sensibilidad.

Sabemos –porque tenemos que saberlo– que ya no podemos entender el mundo sin los avances de lo digital: forman parte de nuestra realidad, ya no sólo virtual, sino también de nuestra vida cotidiana. Los profetas

apocalípticos de las tecnologías digitales han anunciado una y otra vez (¡y una y otra vez han fracasado!) que el libro en papel desaparecerá, para siempre, con los *e-books* y otros soportes de lo digital, y sin embargo el libro en papel, el libro físico, está más vivo que nunca. Es verdad que durante esta pandemia el soporte digital del libro ha tenido su gran oportunidad, pero también es cierto que la mayor parte de los lectores utiliza internet no para modificar sus hábitos de lectura encargando copias digitales, sino para reafirmar esos hábitos, puesto que utiliza la red para adquirir los libros físicos que son entregados a las puertas de su casa.

Pese a las profecías de la inminente muerte del libro físico, nunca, en ningún país, el libro digital ha desbancado al libro tradicional en papel, y especialmente en América Latina los lectores del libro digital son ínfima minoría. La facturación del *e-book* no rebasa el 5% en las naciones hispanohablantes, incluida España. Con la pandemia se llegó a creer que, por fin, se haría realidad la profecía y todo el mundo leería libros digitales, cosa que no ha ocurrido ni ocurrirá, al menos en el corto plazo. Por ello, la salvación de las empresas editoriales, que entraron en crisis con la pandemia, ha comenzado con la reanudación de lanzamientos de novedades en formato físico, en todo el mundo, pero especialmente en América Latina. Y hay otro dato duro que no debemos pasar por alto: las personas que leen habitualmente libros físicos, los leen también en soporte digital; pero quienes no leen libros habitualmente en soporte tradicional, tampoco lo hacen en *e-book*.

Alfonso Reyes afirmó que “el libro y la cultura en cierta medida se confunden”, pues “estamos hechos en la sustancia de los libros mucho más de lo que a primera vista parece”. Por supuesto, cuando Reyes escribió esto, en 1955, los libros digitales no existían, pero su afirmación no se modifica con el surgimiento de nuevos formatos o soportes del objeto libro: los libros son libros lo mismo si están en el papel que si se conservan en un archivo electrónico que puede leerse en una pantalla de cristal líquido. El libro, como una unidad indivisible, como un artefacto verbal, sea en el soporte que fuere, continúa guiando nuestras vidas más que cualquier otro poder que pretenda compararsele: no sólo es la célula del repositorio de nuestra cultura y de

la memoria de los siglos; es, también, el punto de partida de una conversación, el *déjà vu* de una experiencia y el combustible de nuestra imaginación, nuestra fantasía, nuestro pensamiento, nuestros sueños.

Mil veces habremos de citar a Borges el sabio y mil veces diremos la verdad: “De los diversos instrumentos inventados por el hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro; todos los demás son extensiones de su cuerpo... Sólo el libro es una extensión de la imaginación y la memoria”. Y es verdad, también, que, para el que lee, “todas las cosas del mundo lo llevan a una cita o a un libro”. El lector empedernido, el lector irredento, el lector que ya no tiene remedio, porque ha sido contagiado del virus de la lectura, es aquel que ya no puede imaginar el mundo sin libros y que, invariablemente, aun sin él proponérselo, contagia a otros de su vicio, de su virus, de su forma de vida que no es vida sin libros. De la imitación que se hace de los que leen han nacido otros lectores. Hay quienes dan de leer a los que aún no son lectores, pero hay otros que, inadvertidamente, lo que dan no es lectura sino ejemplo de lectura, y de este ejemplo han surgido los emuladores.

Queda claro que la promoción de la lectura nació en lo presencial y sus orígenes se remontan, antes de los salones de tertulia, a los círculos alrededor del fuego, en los tiempos más lejanos, en los que se contaban historias: el contador de historias, de la cultura oral, fue el primer promotor de la lectura: el que invitaba a leer no en los libros, que aún no se escribían, sino en el mundo, en las cosas, en la imaginación, en la memoria, en los sueños, en la vida misma.

Sócrates descreía de los libros y desconfiaba de la escritura, pero no así su discípulo Platón, quien escribió todo lo que escuchó de su maestro. Paradójicamente, si Sócrates existe es porque Platón le prolongó la vida en un libro: los *Diálogos*. Platón no sólo fue un promotor de la lectura y el pensamiento, fue uno de los primeros reporteros periodísticos y literarios. Con el Renacimiento llegaron los salones de las tertulias: el arte en general y la lectura en particular se promueven y fomentan en ellos, porque, además ya hay libros y hay público lector (aunque sólo sea en las élites), pero también hay libros en proceso de escritura de los

cuales sus autores entregan adelantos, en voz alta, a los tertulianos. Los autores se convierten también en promotores de la lectura, y no sólo de los libros de su autoría, sino de los libros en general. Las tertulias transforman, junto a la chimenea y en un salón de lujo, el círculo alrededor del fuego en el que un contador de historias maravillaba a los demás alimentando su imaginación y aguzando su pensamiento.

Los seres humanos contamos historias, y necesitamos que nos cuenten historias, porque, a diferencia de los animales irracionales, tenemos conciencia de la muerte: sabemos que somos mortales, no tenemos duda de que un día moriremos, pero antes de que llegue ese desenlace fatal nos intriga saber por qué y para qué estamos en este mundo. Muchas veces las historias, los cuentos, los poemas, las novelas, los dramas, los libros en general, no nos dan respuestas, pero nos brindan dudas que se convierten en más preguntas con las que vamos entretejiendo nuestros sueños mientras la muerte nos alcanza.

Los que leemos, y a veces también escribimos, rechazamos pasar por el mundo únicamente aliviando nuestras necesidades fisiológicas más básicas. Leer libros, conocer otros mundos, vivir otras vidas nos duplica o multiplica la existencia. Esto es la lectura: un revulsivo, y lo es más cuando vemos tan cerca el riesgo de la muerte, cuando un contagio maligno nos acecha: cuando, en cualquier momento, la alegría de vivir puede extinguirse.

Por ello, lo más parecido a la promoción de la lectura, que involucra memoria, saber, imaginación, sensualidad y placer (¡ya que, de todos modos, vamos a morir, gocemos!) es el *Decamerón*, de Giovanni Boccaccio, el gran escritor italiano del siglo XIV quien, en esta obra maravillosa, pone a charlar a siete damas y tres mozos, en tiempos de peste (“durante el pestilencial tiempo de la pasada mortandad”, explica), y que durante diez días refieren cien narraciones sobre los desengaños y los goces de esa vida tan querida que la peste bubónica amenaza con hacer desaparecer. El término “deca-merón” es un compuesto de Boccaccio a partir de los términos griegos *déka* (diez) y *hēméra* (día), literalmente “diez días” o “sucesión de diez días”, y, en términos coloquiales es lo que podríamos denominar un

maratón de narraciones (cien en total) en el que cada participante referirá una por día hasta completar diez.

Las historias que las siete mujeres y los tres hombres jóvenes refieren en este libro, refugiados en una mansión apartada de la ciudad de Florencia, para resguardarse de la peste, sirven lo mismo como bálsamo que como evasión de una realidad agobiante. Los cuentos que Pampinea, Filomena, Elissa, Neifile, Emilia, Lauretta, Fiammetta, Pánfilo, Filostrato y Dioneo comparten, en ese confinamiento que imagina Boccaccio en el *Decamerón*, los llevan a amar más la existencia, frente a la enfermedad y la muerte que han visto por todos lados, con espanto, pero también con la necesidad de un placer en medio de tanta tragedia, “en esta peste –escribe Boccaccio– que cobró una gran fuerza; los enfermos la transmitían a los sanos al relacionarse con ellos, como ocurre con el fuego a las ramas secas cuando se les acerca mucho. Y el mal siguió aumentando hasta el extremo de que no sólo el hablar o tratar con los enfermos contagiaba enfermedad a los sanos, y generalmente muerte, sino que el contacto con las ropas, o con cualquier objeto sobado o manipulado por los enfermos, transmitía la dolencia al sano”.

Las tecnologías digitales tienen el poder de acercarnos de cierta manera cuando circunstancias tan graves como la pandemia del COVID-19, nuestra peste contemporánea, nos exige encerrarnos en nuestras casas; pero hay en ello un riesgo: el de robotizarnos; de ahí nace el comprensible hastío por las pantallas y un legítimo anhelo de volver a reunirnos de veras, pues al ser humano, como animal gregario que es, le resulta indispensable no únicamente el acercamiento digital, sino la auténtica cercanía tal como la que comparten los diez refugiados de Florencia en el *Decamerón* de Boccaccio.

Podemos utilizar con creatividad, sensibilidad e inteligencia las herramientas digitales para promover la lectura. Hoy las redes están llenas de ejemplos admirables en todo el mundo de quienes aprovechan lo mejor posible la conexión a internet. Mucho hemos aprendido en estas circunstancias, incluso aquellos que no teníamos ni gran confianza ni mucha simpatía ni demasiada experiencia en estas herramientas, y seguramente seguiremos aprendiendo más, con el uso continuo, pero

en la promoción de la lectura no hay nada como el contacto humano: poner rostro a la palabra, a la voz y al eco de la lectura en una cercanía estrecha, como la que viven y disfrutan los diez amigos del *Decamerón*.

Esto sucederá un día, ya sin la amenaza letal de la pandemia, y es posible afirmarlo porque la humanidad ha pasado por tiempos como los que hoy vivimos y se ha recuperado y reinventado. Cuando ello ocurra, los promotores del libro habrán de recordar que su oficio es hacer extensivo el derecho a la lectura, que no es poca cosa, pues se trata de un derecho humano que, en muchas ocasiones, en nuestros países, ni siquiera es invocado como tal, considerándolo, casi siempre, un lujo, un privilegio, un bien superfluo. Por ello, el escritor y pensador brasileño Antônio Cândido sintió la necesidad de definir y defender este derecho de la siguiente manera:

“Las personas son frecuentemente víctimas de una curiosa obnubilación. Afirman que los demás tienen derechos, sin duda, a ciertos bienes fundamentales, como casa, comida, instrucción, salud, cosas que nadie con buena formación admite hoy en día que sean privilegio de minorías, como lo son en Brasil. ¿Pero será que piensan que sus semejantes tienen derecho a leer a Dostoievski o a escuchar los cuartetos de Beethoven? A pesar de las buenas intenciones con el otro, esto tal vez no les pase por la cabeza. Y no porque sean malas, sino solamente porque cuando hacen inventarios de sus derechos, no los extienden todos a sus semejantes. Sin embargo, el esfuerzo por incluir a nuestros semejantes en el mismo catálogo de bienes que reivindicamos para nosotros mismos está en la base de la reflexión sobre los derechos humanos”.

Hasta hoy, los Estados no se atreven a garantizar, explícitamente, el “derecho a la lectura” a sus ciudadanos y lo subsumen en los derechos a la educación y a la cultura. En cambio, siguiendo las pautas de los organismos internacionales, los gobiernos no han puesto obstáculos para garantizar el derecho del acceso a internet. No está mal, por supuesto, que así sea, pero incluso estar conectados a internet exige una forma de lectura que no es la misma que la lectura de libros. Garantizar el derecho a la lectura es, por principio, asegurar que toda persona tenga acceso a los bienes

bibliográficos en sus diferentes soportes y formatos.

Y, aun así, el derecho a la lectura va más allá y consiste en no prohibir ni imponer a los lectores ningún libro. Todos tenemos una soberanía como lectores en la que nadie, ni el Estado ni las instituciones ni los particulares, deben intervenir ni pedirnos cuentas. Leer lo que queramos y lo que se nos antoje es parte irrenunciable de nuestro derecho a la lectura, y hay múltiples ejemplos de conculcación de ese derecho por parte de los Estados o los gobiernos, ya no sólo totalitarios, sino simplemente autoritarios, moralistas o ideológicos, que confunden el arte de la cultura escrita con la moral y la moralina y que se proponen conducir a los ciudadanos hacia las lecturas que al orden político le convienen y alejarlos de todo aquello que pueda despertar en ellos una visión crítica de la realidad que incluye el actuar de las ideologías gobernantes. No puede hablarse del derecho a la lectura en países donde es imposible leer ciertos libros satanizados y, a cambio de ello, disponer de todos los libros que a un gobierno le convienen.

Juan Mata, escritor español, promotor de la lectura y profesor de didáctica de la lengua y la literatura, ha llamado la atención sobre esto: “Aún hoy, cuando los gobiernos de todo el mundo se empeñan en ocultar o restringir información a los ciudadanos de sus respectivos países, cuando tratan de impedir unas lecturas e imponer otras, seguimos defendiendo el derecho de cualquier persona a conocer lo que le afecta, a leer todo lo que tiene que ver con su vida. Parece innecesario recordar al respecto los sucesos recientes protagonizados por Julian Assange, Bradley Manning o Edward Joseph Snowden”. Para Mata, “leer libremente es un derecho elemental e irrevocable, y es necesario asegurar y promover ese derecho, defenderlo contra toda clase de limitaciones, vetos o censuras”.

A veces, casi inadvertidamente, aunque también por preferencias ideológicas o por torpes prejuicios, hay promotores de la lectura que censuran o vetan ciertos libros o temas en tanto que privilegian otros entre aquellos a quienes desean iniciar en el goce de leer. Los promotores tienen derecho, por supuesto, a sus didácticas, criterios, prácticas pedagógicas y mecanismos de promoción, pero se equivocan cuando, deliberadamente, concluyen que a



una persona del ámbito marginal, que padece una vida llena de necesidades y carente de satisfactores, lo que le conviene es leer libros sobre su propia realidad y no cuentos fantásticos ni de hadas, plenos de imaginación, que llevan a otros mundos opuestos a su sufrida realidad.

La importante teórica francesa de la lectura Michèle Petit refiere, en uno de sus libros, la sorpresa que le causó que ciertos niños y adolescentes de sectores marginados leyeron, particularmente, libros que los abismaban aún más en las tragedias de sus vidas. Preguntó a algunos promotores a qué se debía ese fenómeno, y ellos le respondieron, con absoluta falta de verdad, que eran los libros que más les atraían a esos chicos y chicas. Quedó tan intrigada por ello que buscó ganarse la confianza de dichos lectores, lo cual consiguió y gracias a ello logró saber, por sus testimonios, que aquellos no eran los libros que habrían elegido en caso de poder hacerlo, sino los que los promotores les habían recomendado y, de alguna forma, impuesto, por considerar que eran “los más adecuados” para formarlos en la “conciencia de su realidad”.

Esa pedagogía de la lectura es fatal, y ese tipo de promotores comete un abuso con quienes no tienen modo de elegir, y podemos afirmar (yo lo afirmo) que son los peores promotores del libro que puedan existir, porque

los libros también sirven, como ha dicho Bruno Bettelheim, para evadirnos de una realidad que nos hiere y nos abrumba y para conocer otros universos que, gracias a la fantasía y a la poesía, nos abren puertas y ventanas para asomarnos a realidades y fantasías hasta entonces desconocidas. Suponer que los pobres, por serlo, únicamente deben leer sobre la pobreza es una limitación de espíritu de quienes les dan a leer o les facilitan la lectura.

Volviendo al *Decamerón* de Boccaccio, los personajes refieren historias y en ninguna de ellas se menciona la peste que azota a Florencia y que es la causa de que estén confinados en una mansión. Los libros aguzan nuestros sentidos sobre la realidad, pero también constituyen consuelo, alivio y hasta sanación en un ejercicio de biblioterapia o lectoterapia que ni siquiera es necesario nombrar así para que exista. En ese ambiente que describe Boccaccio, y que nos parece tan conocido hoy en nuestra propia realidad (“en el espanto producido por aquella enfermedad, el hermano abandonaba al hermano, la hermana al hermano y a menudo la mujer al marido [...] De más está decir que cada ciudadano rechazaba al otro, y que casi ningún vecino se preocupaba de los demás, y que la propia familia no se visitaba, por lo menos asiduamente”), los diez amigos florentinos que, con siete sirvientes, se recluyen en una mansión situada a dos millas en las

afueras de la ciudad se hacen el propósito de no mencionar la peste; tal como instruye Pampinea, desde la primera jornada: “si desean estar en nuestra gracia, vayan donde vayan, vuelvan de donde vuelvan, vean lo que vean y oigan lo que oigan, no nos traigan de fuera ninguna noticia, si ésta no es agradable”.

Huir de la realidad no es siempre lo mejor, pero atormentarse con ella, día y noche, suele conducir a mayor angustia y sufrimiento. Es bueno estar informado, pero, como afirma António Cândido, los seres humanos necesitamos también los sueños y las fantasías para equilibrar nuestra existencia. Sin la imaginación y sin los sueños seríamos menos humanos. Al principio de la pandemia de COVID-19, bien recuerdo que amigos y conocidos me solicitaban bibliografía de ficción que se refiriese a epidemias, y previsiblemente les recomendaba el *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe; *La peste*, de Albert Camus; *La peste escarlata*, de Jack London y el mismo *Decamerón*, de Boccaccio, entre otros. Hoy, si nos asomamos a la bibliografía que se ha producido durante la pandemia que nos azota, encontramos decenas de títulos, ya sea de carácter científico, de información general o de narrativa literaria y poesía. Algunos de ellos merecen nuestra lectura, en tanto que otros son simplemente productos oportunistas en un mercado que aprovecha todo, incluidas la tragedia y la muerte, para acumular ganancias económicas.

Leer sirve para muchas cosas: para estar informados, para tener conocimiento, para aguzar nuestra sensibilidad, para el goce y hasta para el trato social que, quizá, sea el propósito menos relevante de la lectura: leer para brillar en sociedad, como único objetivo, es desaprovechar los múltiples beneficios que nos otorgan los libros. Y, sin embargo, cada cual tiene sus propios motivos para leer sin tener que entregar cuentas a nadie. La promoción de la lectura es una mediación o debería ser una mediación y nunca una imposición. Mediar entre el libro y el lector no es tampoco una ciencia, sino un acto de humildad que todos los lectores podemos llevar a cabo del modo más afable, acogedor y cordial.

Por el solo hecho de ser lectores, tenemos la posibilidad de contagiar la lectura en otros, pero hay un requisito indispensable, sin el cual ninguna estrategia de lectura funciona: la empatía. Ponernos en el lugar del otro es de alguna manera recordar cómo nos hicimos lectores y en qué momento la lectura de algún libro, de algún cuento, de algún poema, de alguna página hizo surgir la chispa que encendió la antigua hoguera, la vieja fogata en torno a la cual se reunían nuestros ancestros a inventar, crear, recrear y contar historias: todas esas historias que hoy están en los libros y a las cuales volvemos porque forman parte de nuestras más vitales necesidades y más aún cuando la inminencia de la muerte pesa sobre todos. ■

Nota del autor: Este ensayo apareció con algunos ligeros cambios en Colombia, en un libro colectivo que aún no conozco.

Sobre el autor. Sus libros más recientes son: *Por una universidad lectora y otras lecturas sobre la lectura en la escuela* (Laberinto, nueva edición definitiva, 2018), *Las malas lenguas: Barbarismos, desbarres, palabras, redundancias, sinsentidos y demás barrabadas* (Océano, 2018), *La lectura: Elogio del libro y alabanza del placer de leer* (Fondo Editorial del Estado de México, tercera edición, 2018), *Escribir y leer en la universidad* (ANUIES, 2019), *La prodigiosa vida del libro en papel: Leer y escribir en la modernidad digital* (Cal y Arena/UNAM, 2020), *¡No valga la redundancia!: Pleonasmos, redundancias, sinsentidos, anfibologías y ultracorrecciones que decimos y escribimos en español* (Océano, 2021) y *El vicio de leer: Contra el fanatismo moralista y en defensa del placer del conocimiento* (Laberinto Ediciones, 2021; 2ª edición, 2022). En 2019 recibió el Reconocimiento Universitario de Fomento a la Lectura, de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.